

Capítulo I

La Deidad

Así dice Jehová, Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. (Isaías 44:6; 45:22)

La Biblia habla de un solo Dios. Deuteronomio 6:4; 1 Corintios 8:4. En hebreo, el término Dios se usa a menudo en plural (Elohiymas, en oposición al singular Elowahh). Según las Escrituras, la Deidad (Génesis 1:1, 26; Hechos 17:29; Colosenses 2:9) está compuesta por tres dignatarios divinos: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que trabajan juntos como uno solo. Isaías 48:16, 17; Mateo 3:16, 17; 28:19; Juan 14:16, 26; 15:26; 2 Corintios 13:14; Efesios 2:18; Judas 20, 21.

Nuestra fe en la existencia de Dios se basa en la evidencia que Él mismo nos ha proporcionado. La mano de Dios está presente en todas partes: en la naturaleza, en el curso de la historia, en nuestra experiencia personal y, sobre todo, en su Palabra: la Biblia. Esto lo pueden percibir todos los que deseen ver la evidencia por sí mismos. Job 11:7; 2 Crónicas

15:2; Jeremías 29:13; Mateo 5:8; Romanos 1:20; 1 Corintios 2:14, 15.

Algunos de los atributos del Dios-cabez

a: • eterno: Salmo 90:2; Isaías 40:28;

Romanos 1:20.

• inmortal: 1 Timoteo 1:17; 6:15, 16. •

invisible para el hombre pecador: 1 Juan

4:12; 1 Timoteo 1:17.

• omnipresente (presente en todas partes):

Salmo 139:7–12; Jeremías 23:24. •

omnisciente (que todo lo sabe): 1 Samuel

16:7; Salmo 139:2–4; Hebreos

4:13; 1 Juan 3:20.

• omnipotente (todopoderoso): Job 37:23;

38:1–41; 42:2; Salmo 33:6–

9; Mateo 19:26.

• inmutable (inmutable): Salmo

33:11; Malaquías 3:6; Santiago 1:17.

• santo: Levítico 19:2; Josué 24:19;

Salmo 99:9; 1 Pedro 1:16.

• justos: Esdras 9:15; Jeremías

23:6; Daniel 9:7; Salmo 7:9.

• misericordioso: Éxodo 34:6; Salmo 103:8;

Lamentaciones 3:22; Miqueas 7:18.

• bueno: Éxodo 33:19; Salmo 34:8;

Mateo 19:17; Romanos 2:4. • verdad:

Deuteronomio 32:4; Salmo

31:5; Isaías 65:16.

• amor: Juan 3:16; 1 Juan 4:7–11.

La revelación que Dios ha dado de sí mismo en su palabra es para nuestro estudio. Podemos procurar comprenderla. Pero no debemos profundizar más. El intelecto más elevado puede fatigarse hasta agotarse conjeturando sobre la naturaleza de Dios, pero el esfuerzo será infructuoso. No se nos ha encomendado resolver este problema. Ninguna mente humana puede comprender a Dios. Nadie debe entregarse a especulaciones sobre su naturaleza. Aquí el silencio es elocuencia. El Omnisciente está más allá de toda discusión. —El Ministerio de Curación, pág. 429.

El Padre no puede ser descrito con las cosas terrenales. El Padre es toda la plenitud de la Deidad corporalmente, y es invisible a la vista mortal. El Hijo es toda la plenitud de la Deidad manifestada. La Palabra de Dios lo declara “la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Aquí se muestra la personalidad del Padre.

“El Consolador que Cristo prometió enviar después de ascender al cielo es el Espíritu en toda la plenitud de la Deidad, manifestando el poder de la gracia divina a todos los que reciben y creen en Cristo como Salvador personal. Hay tres personas vivientes del trío celestial: en el nombre de estas

“tres grandes poderes—el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—aquellos que reciben a Cristo por una fe viva son bautizados, y estos poderes cooperarán con los súbditos obedientes del cielo en sus esfuerzos por vivir la nueva vida en Cristo.”—Evangelismo, págs. 614, 615.

“Dios es espíritu; sin embargo, es un ser personal, porque el hombre fue hecho a su imagen.”—Testimonios para la Iglesia, tomo 8, pág. 263.
 Este dice: “Mis ovejas oyen mi voz y me siguen, alejándose de los senderos del pecado. Como Cristo obró, así deben obrar ustedes. Con ternura y amor, procuren guiar a los que yerran por el camino correcto. Esto requerirá gran paciencia y tolerancia, y la constante manifestación del amor perdonador de Cristo. La compasión del Salvador debe revelarse diariamente. El ejemplo que dejó debe ser seguido. Él tomó sobre su naturaleza inmaculada nuestra naturaleza pecaminosa, para saber cómo socorrer a los tentados”. —Ministerio Médico, pág. 181.

Eviten toda pregunta relacionada con la humanidad de Cristo que pueda ser malinterpretada. La verdad está cerca de la presunción. Al tratar sobre la humanidad de Cristo, deben cuidar enérgicamente toda afirmación, para que sus palabras no se interpreten como algo que va más allá de lo que implican, y así pierdan o empañen la clara percepción de su humanidad combinada con su divinidad.

del Séptimo Día

Su nacimiento fue un milagro de Dios, pues el ángel le dijo: “Concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”. Entonces María dijo al ángel: “¿Cómo será esto?, pues no conozco varón”. Respondiendo el ángel, le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:31–35). —Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 5, pág. 1128.

A. EL PADRE

El Padre es la Primera Persona de la Deidad. Mateo 3:17; 11:25; Juan 14:28; 15:1, 9; Hechos 1:7; 2 Corintios 1:3; Hebreos 1:1-13; Santiago 1:17.

Por medio de Cristo y el Espíritu Santo, el Padre es el Creador y Sustentador de todo. Malaquías 2:10; Hebreos 1:1-3; Colosenses 1:14-16; Juan 1:3; Job 26:13; 33:4; Salmo 104:30.

Dios es el Padre de todos los que aceptan a Cristo como su Salvador personal y obedecen todos sus mandamientos. Mateo 5:48; 6:9; Juan 1:12, 13; 20:17; Romanos

8:15–17; 2 Corintios 6:17, 18; 1 Juan 3:24.

El atributo más sobresaliente del Padre, que motivó el plan de salvación, es su amor. Juan 3:16; 1 Juan 4:8-13, 16. Su amor se revela en nosotros si mora en nosotros por medio del Espíritu Santo. Juan 14:16, 23; Romanos 8:14; 1 Juan 4:16.

Jesús nos enseña a llamar a su Padre, nuestro Padre. No se avergüenza de llamarnos hermanos. Hebreos 2:11. El Salvador está tan dispuesto, tan deseoso, de recibirnos como miembros de la familia de Dios, que en las primeras palabras que debemos usar al acercarnos a Dios, él pone la seguridad de nuestra relación divina: ‘Padre nuestro’. —Pensamientos desde el Monte de la Bendición, pág. 103.

El Anciano de Días es Dios Padre. Dice el salmista: “Antes que nacieran los montes, y formaras la tierra y el mundo, desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios” (Salmo 90:2). Es Él, la fuente de todo ser y la fuente de toda ley, quien ha de presidir el juicio. —El Conflicto de los Siglos, pág. 479.

B. EL HIJO

Cristo, la Segunda Persona de la Deidad (1 Timoteo 3:16; Tito 2:13; Hebreos 1:8), es el Hijo eterno y autoexistente de Dios, la “imagen expresa”

(Hebreos 1:3; Juan 14:7-10) del Padre. Junto con el Padre, Él es el iniciador (Apocalipsis 3:14, griego: Arche, originador) de todas las cosas. Juan 1:1-3; Colosenses 1:15-17; Hebreos 1:2; Romanos 9:5 (cf. Juan 17:3; 1 Juan 5:20); Isaías 9:6; Juan 6:33.

La preexistencia eterna de Cristo se enseña claramente en la Biblia. Miqueas 5:2; Proverbios 8:22-30; Juan 1:1, 2, 14; 17:5, 24. Una comparación entre Isaías 40:3-5 y Mateo 3:3 demuestra que Cristo es parte de la Deidad. Véase también Éxodo 3:14 y Juan 8:58.

Como Cristo también es Dios, uno con el Padre e igual a Él, también debe ser adorado. Esto no sería así si fuera un ser creado o alguien que existió después del Padre (Apocalipsis 19:10). Juan 10:30; 20:28; Mateo 14:33; Lucas 4:8; Filipenses 2:9-11; Hebreos 1:6; Lucas 24:52.

Sin renunciar a su divinidad, Cristo aceptó la humanidad y se hizo hombre en su encarnación, al nacer de la virgen María. Isaías 7:14; Mateo 1:23; Lucas 1:35. Al nacer en Belén, no tomó la naturaleza de Adán antes de la caída, sino la descendencia de Abraham y de David. Juan 1:14; Romanos 8:3; Hebreos 2:14, 16, 17; Filipenses 2:7, 8; Romanos 1:3, 4; 2 Timoteo 2:8.

19:10); para vivir y morir por nuestra justificación y santificación (Romanos 5:9, 10; 1 Juan 1:9; Juan 17:19); para quitar nuestros pecados (Mateo 1:21; Juan 1:29; 1 Timoteo 1:15; 1 Juan 3:5); para redimirnos de la pena de la ley (Gálatas 3:13; 4:4, 5); para condenar el pecado en la carne, capacitándonos, por el Espíritu Santo, para cumplir la justicia de la ley (Romanos 8:3, 4); para darnos un ejemplo de obediencia (Juan 15:10; 1 Pedro 2:21-24; 1 Juan 2:5, 6; Hebreos 5:8, 9); y para destruir las obras del diablo (1 Juan 3:8).

Como hombre, Cristo fue tentado en todo como nosotros; sin embargo, no conoció pecado. Marcos 1:13; Lucas 4:1, 2, 13; Hebreos 2:18; 4:15; Juan 14:30; 2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:22.

La muerte vicaria de Cristo en la cruz constituye la parte sacrificial (la ofrenda de sangre) de la expiación por los pecados de la humanidad. Solo quienes acepten esta provisión serán salvos. Isaías 53:1-12; Juan 3:14-17; 2 Corintios 5:19; Hebreos 9:22; 1 Pedro 1:18, 19; 1 Juan 1:7. La parte intercesora de la expiación la proporciona la mediación de Cristo en el santuario celestial (Romanos 5:8-11; 8:34; Hebreos 8:12).

Naturaleza dual

Cristo vino al mundo "a buscar y salvar lo que se había perdido" (Lucas

"La Deidad no fue hecha humana, y el ser humano no fue deificado por la fusión de los dos

del Séptimo Día

naturalezas. Cristo no poseía la misma deslealtad pecaminosa, corrupta y caída que poseemos nosotros, porque entonces no podría ser una ofrenda perfecta.”—Mensajes Selectos, tomo 3, pág. 131.

“[Cristo] tiene una naturaleza doble, a la vez humana y divina. Es Dios y hombre.”—

Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], tomo 6, pág. 1074. “Las dos naturalezas se fusionaron misteriosamente en una sola persona: el hombre Cristo Jesús.”—Ibíd.,

tomo 5, pág. 1113. Por su humanidad, Cristo tocó a la

humanidad; por su divinidad, se apoderó del trono de Dios. Como Hijo del hombre, nos dio un ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios, nos da poder para obedecer. —El Deseado de todas las gentes, pág. 24.

Naturaleza divina

Cristo era Dios en esencia y en el sentido más elevado. Estuvo con Dios desde la eternidad, Dios sobre todas las cosas, bendito para siempre. —Mensajes Selectos, tomo 1, pág. 247.

Al hablar de su preexistencia, Cristo nos transporta a épocas inmemoriales. Nos asegura que nunca hubo un tiempo en que no estuviera en estrecha comunión con el Dios eterno. —Evangelismo, pág. 615.

“Desde los días de la eternidad, el Señor Jesucristo fue uno con el Padre.”—El Deseado de todas las gentes, pág. 19.

El silencio se apoderó de la vasta asamblea [de fariseos, gobernantes y pueblo]. El nombre de Dios, dado a Moisés para expresar la idea de la presencia eterna, había sido reclamado como suyo por este rabino galileo. Se había anunciado como el Ser Autoexistente, Aquel que había sido prometido a Israel, ‘cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad’ (Miqueas 5:2, margen).”—Ibíd., págs. 469, 470.

Cuando se oyó la voz del ángel poderoso en la tumba de Cristo, que decía: “Tu Padre te llama”, el Salvador resucitó de la tumba por la vida que había en sí mismo. Ahora se comprobó la veracidad de sus palabras: “Doy mi vida, para volverla a tomar... Tengo poder para darla, y tengo poder para volverla a tomar”. Ahora se cumplía la profecía que había dicho a los sacerdotes y gobernantes: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Juan 10:17, 18; 2:19).

Sobre el sepulcro abierto de José, Cristo proclamó triunfante: “Yo soy la resurrección y la vida”. Estas palabras solo podían ser pronunciadas por la Deidad. Todos los seres creados viven por la voluntad y el poder de Dios. Son receptores dependientes de la vida de Dios. Desde el serafín más alto hasta el ser animado más humilde, todos se nutren de la Fuente de la vida. Solo Aquel que es uno con Dios podía decir: “Tengo poder para poner

“He perdido mi vida, y tengo poder para recuperarla. En su divinidad, Cristo poseía el poder de romper las ataduras de la muerte”. —Ibíd., pág. 785.

En él habitaba corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Cuando Cristo fue crucificado, fue su naturaleza humana la que murió. La Deidad no se hundió ni murió; eso habría sido imposible. —Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 5, pág. 1113.

El espíritu de Jesús durmió en la tumba con su cuerpo, y no voló al cielo para mantener allí una existencia separada y contemplar a los discípulos dolientes embalsamando el cuerpo del que había huido. Todo lo que comprendía la vida y la inteligencia de Jesús permaneció con su cuerpo en el sepulcro; y cuando resucitó, lo hizo como un ser completo; no tuvo que invocar a su espíritu del cielo. Tenía poder para dar su vida y volverla a tomar.

“La divinidad de Cristo es la seguridad que tiene el creyente de recibir vida eterna.”—El Deseado de todas las gentes, pág. 530.

Naturaleza humana

“Habría sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios tomar la naturaleza del hombre, incluso cuando Adán se encontraba en su inocencia en el Edén. Pero Jesús aceptó la humanidad cuando el

La raza humana se había debilitado por cuatro mil años de pecado. Como todo hijo de Adán, aceptó los resultados de la obra de la gran ley de la herencia.”— Ibíd., pág. 49.

A un costo infinito, y mediante un proceso misterioso tanto para los ángeles como para los hombres, Cristo asumió la humanidad. Ocultando su divinidad, dejando de lado su gloria, nació como un niño en Belén. — The Youth's Instructor, 20 de julio de 1899.

Cuando Jesús asumió la naturaleza humana y se hizo hombre, poseía todo el organismo humano. Sus necesidades eran las de un hombre. Tenía necesidades corporales que satisfacer y cansancio que aliviar. Mediante la oración al Padre, se fortaleció para el deber y la prueba. —Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], tomo 5, pág. 1130.

Él es nuestro hermano en nuestras debilidades, pero no en poseer pasiones similares. Como el Ser sin pecado, su naturaleza repelía el mal. —Testimonios para la Iglesia, tomo 2, pág. 208.

La humanidad del Hijo de Dios lo es todo para nosotros. Es la cadena de oro que une nuestras almas a Cristo, y por medio de Cristo a Dios. Este debe ser nuestro estudio. Cristo fue un hombre real; dio prueba de su humildad al hacerse hombre. Sin embargo, era Dios encarnado. Al abordar este tema, haríamos bien en prestar atención a las palabras que Cristo dirigió a Moisés en la hoguera.

del Séptimo Día

arbusto, 'Quítate el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás, tierra santa es' (Éxodo 3:5).— Mensajes Selectos, tomo 1, pág. 244.

Tentado en todos los puntos

Revestido con las vestiduras de la humanidad, el Hijo de Dios descendió al nivel de aquellos a quienes deseaba salvar. En él no había engaño ni pecaminosidad; siempre fue puro e inmaculado; sin embargo, tomó sobre sí nuestra naturaleza pecaminosa. Revistiendo su divinidad con humanidad, para poder asociarse con la humanidad caída, procuró recuperar para el hombre aquello que, por su desobediencia, Adán había perdido para sí mismo y para el mundo. —The Review and Herald, 15 de diciembre de 1896.

El corazón de Cristo fue traspasado por un dolor mucho más agudo que el causado por los clavos clavados en sus manos y pies. Él llevaba los pecados del mundo entero, soportando nuestro castigo: la ira de Dios contra la transgresión. Su prueba implicó la feroz tentación de pensar que Dios lo había abandonado. Su alma fue torturada por la presión de una gran oscuridad, para que no se desviara de su rectitud.

Antes que exista la posibilidad de ceder, la tentación no es tentación. Se resiste la tentación cuando el hombre es poderosamente influenciado a hacer algo malo.

acción; y, sabiendo que puede hacerlo, resiste, por la fe, con un firme apego al poder divino. Esta fue la prueba por la que pasó Cristo. No podría haber sido tentado en todos los puntos como lo es el hombre, si no hubiera habido posibilidad de que fallara. Era un agente libre, puesto a prueba, como lo fue Adán, y como lo es todo hombre. En sus horas finales, mientras colgaba de la cruz, experimentó en la máxima medida lo que el hombre debe experimentar cuando lucha contra el pecado. Comprendió cuán malo puede llegar a ser un hombre al ceder al pecado. Comprendió la terrible consecuencia de la transgresión de la ley de Dios; porque la iniquidad de todo el mundo estaba sobre él. —The Youth's Instructor, 20 de julio de 1899.

Cuando comenzó su ministerio, después de su bautismo, soportó un ayuno agonizante de casi seis semanas. No fueron solo las punzadas del hambre las que hicieron sus sufrimientos indescriptiblemente severos, sino la culpa de los pecados del mundo lo que lo oprimió con tanta fuerza. Él, que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros. Con este terrible peso de culpa sobre él a causa de nuestros pecados, resistió la terrible prueba del apetito, del amor al mundo, al honor y al orgullo de la ostentación que conduce a la presunción. —Testimonios, tomo 3, pág. 372.

Sin embargo sin

pecado fue el único que caminó sobre la tierra sobre quien no reposó mancha de pecado.”—Mensajes Selectos, tomo 3, pág. 134.

Tengan mucho cuidado al reflexionar sobre la naturaleza humana de Cristo. No lo presenten ante la gente como un hombre con inclinaciones al pecado. Él es el segundo Adán. El primer Adán fue creado puro, sin pecado, sin mancha de pecado; fue creado a la imagen de Dios. Pudo caer, y cayó por transgredir. A causa del pecado, su posteridad nació con inclinaciones inherentes a la desobediencia. Pero Jesucristo fue el Hijo unigénito de Dios. Tomó sobre sí la naturaleza humana y fue tentado en todo como es tentada la naturaleza humana. Pudo haber pecado; pudo haber caído, pero ni por un momento hubo en él una inclinación al mal. —Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 5, pág. 1128.

“El príncipe de las tinieblas no halló nada en él; ni un solo pensamiento ni sentimiento respondió a la tentación.”—Testimonios para la Iglesia, tomo 5, pág. 422.

“[Cristo] debía tomar su posición a la cabeza de la humanidad al asumir la naturaleza humana—Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], tomo 7, pág. 925.

“No deberíamos tener ninguna duda respecto a la perfecta impecabilidad de la naturaleza humana de Cristo.”—Ibíd., vol. 5, pág. 1131.

Él era inmaculado, ajeno al pecado; sin embargo, oraba, y a menudo con intenso llanto y lágrimas. Oraba por sus discípulos y por sí mismo, identificándose así con nuestras necesidades, debilidades y flaquezas, tan comunes en la humanidad. Era un orador ferviente, sin las pasiones de nuestra naturaleza humana y caída, sino rodeado de debilidades similares, tentado en todo como nosotros. Jesús soportó una agonía que requirió la ayuda y el apoyo de su Padre. —Testimonios para la Iglesia, tomo 2, págs. 508, 509.

“Todo pecado, toda discordia, toda concupiscencia contaminante que la transgresión había traído, era tortura para su espíritu.”—El Deseado de todas las gentes, pág. 111.

Podemos superarlo de la misma manera

Muchos que caen en tentación se excusan con el argumento de que la divinidad de Cristo lo ayudó a vencer, y que el hombre no tiene este poder a su favor. Pero esto es un error. Cristo ha puesto el poder divino al alcance de todos. El Hijo de Dios vino a la tierra porque vio que el poder moral del hombre es débil. Vino para traer finitud

del Séptimo Día

El hombre en estrecha conexión con Dios. Es combinando el poder divino con su fuerza humana que el hombre llega a ser vencedor.”—The Youth’s Instructor, 28 de diciembre de 1899.

“Jesús no reveló cualidades ni ejerció poderes que los hombres no pudieran poseer mediante la fe en él. Su humanidad perfecta es la que todos sus seguidores pueden poseer, si están sujetos a Dios como él lo estuvo.”—El Deseado de todas las gentes, pág. 664.

Cuando nos sintamos tentados a cuestionar si Cristo resistió la tentación como hombre, debemos escudriñar las Escrituras en busca de la verdad. Como sustituto y fiador de la raza humana, Cristo fue colocado ante el Padre en la misma posición que el pecador. Cristo tuvo el privilegio de depender de la fuerza del Padre, y nosotros también. —The Youth’s Instructor, 28 de diciembre de 1899.

“Dios ha adoptado la naturaleza humana en la persona de su Hijo, y la ha llevado al cielo más alto... En Cristo, la familia de la tierra y la familia del cielo están unidas.”—El Deseado de todas las gentes, págs. 25, 26.

La intercesión de Cristo

Después de morir en la cruz por nuestros pecados (1 Corintios 15:3), Cristo resucitó al tercer día (Lucas 24:19–24, 46; 1 Corintios 15:4); y, cuarenta días después, ascendió al cielo.

(Hechos 1:3, 11) para interceder por nosotros y completar la obra de expiación (Hebreos 9:24; 7:25; Romanos 8:34; 1 Timoteo 2:5; Juan 14:6; Hechos 4:12). Por los méritos de Su sangre (Hebreos 9:11–14; Apocalipsis 7:14), la purificación del santuario y la eliminación de los pecados (Hechos 3:19), la fase final de la expiación comenzó en 1844 (Daniel 8:14; Hebreos 8:1–4; 9:23), cuando se abrió el lugar santísimo del santuario celestial (Apocalipsis 11:19).

“La intercesión de Cristo a favor del hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de salvación como lo fue su muerte en la cruz.”—El Conflicto de los Siglos, pág. 489.

“El divino Intercesor presenta la súplica de que a todos los que han vencido por la fe en su sangre se les perdonen sus transgresiones, se les restablezca su hogar en el Edén y se les corone como coherederos con él del ‘primer dominio’ (Miqueas 4:8).”—Ibíd., pág. 484.

Por su vida inmaculada, su obediencia y su muerte en la cruz del Calvario, Cristo intercedió por la raza perdida. Y ahora, el Capitán de nuestra salvación intercede por nosotros, no como un simple suplicante, sino como un conquistador que reclama su victoria. —Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], vol. 7, págs. 930, 931.

C. EL ESPÍRITU

SANTO El Espíritu Santo, representante de Cristo y del Padre, es la Tercera Persona de la Deidad. Es, junto con Cristo, el mayor don de Dios a la humanidad; y por medio de él, Cristo promete estar con sus seguidores. Juan 14:16-18, 23; Mateo 28:19, 20; 1 Juan 3:24; 4:12, 13; Efesios 3:16, 17; Romanos 8:9-11.

Una comparación entre Isaías 6:8-10 y Hechos 28:25-27 muestra que el Espíritu Santo es una parte distinta de la Deidad (Isaías 48:16). Si bien Cristo es nuestro Mediador ante el Padre (1 Timoteo 2:5), el Espíritu Santo intercede por nosotros obrando en nuestro corazón (Romanos 8:26; cf. versículo 34).

La primera obra del Espíritu Santo es convencernos de pecado y guiarnos a Cristo. Juan 16:8. Al aceptar a Jesús como nuestro Salvador personal, nos rendimos a la influencia y el control del Espíritu Santo, quien testifica de Cristo y trae arrepentimiento, conversión (nuevo nacimiento o regeneración) y santificación. Él continúa guiándonos a toda la verdad (obediencia), y llegamos a ser participantes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4), teniendo la mente de Cristo. Juan 15:26; 16:8; 3:5-8; Tito 3:5; 1 Corintios 6:11; 2 Corintios 3:18; Romanos 8:1, 2, 9, 14, 16; 2 Tesalonicenses 2:13; Gálatas 5:16, 25; Juan 16:13; 1 Corintios 2:10-16.

Antes de que una persona pueda recibir los dones del Espíritu, debe producir el fruto del Espíritu Santo en su vida (Gálatas 5:22-25; 1 Corintios 12:7-11).

El don del Espíritu Santo es la prenda de nuestra resurrección. La presencia del Espíritu de Dios con nosotros es el comienzo de la vida eterna. Romanos 8:9-11 (cf. Juan 11:25, 26; 1 Juan 4:13; Efesios 1:13, 14).

Personalidad

Con frecuencia se hace referencia al Espíritu Santo como un poder que procede del Padre y del Hijo, un poder que obra en los seres humanos y a través de ellos. Miqueas 3:8; Lucas 1:35; 4:14; 24:49; Hechos 1:8; 1 Corintios 2:4.

Al mismo tiempo, sin embargo, la Biblia también se refiere al Espíritu Santo como una personalidad distinta. Ejemplos:

El Padre es eterno, el Hijo es eterno y el Espíritu Santo es eterno. Isaías 40:3 (hebreo, cf. Mateo 3:3); Isaías 6:8-11 (hebreo, cf. Hechos 28:25-27; Hebreos 9:14; Éxodo 17:7).

Él es un Consolador (Juan 14:26; Él oye, 16:7), nos guía y nos revela eventos futuros (Juan 16:13; Lucas 2:26).

4 Nos advierte de las pruebas futuras y aflicciones (Hechos 20:23; 21:11).

del Séptimo Día

El nos⁵ enseña todas las cosas y nos recuerda las palabras de Cristo (Juan 14:26).

6. Él viene a nosotros con ciones y prohibiciones (Hechos 16:6; 13:2).

Él da⁷ mensajes al pueblo de Dios a través de los profetas (2 Pedro 1:21).

Tiene⁸ mente (Romanos 8:27), voluntad (1 Corintios 12:7-11) y capacidad de amar (Romanos 15:30). Es susceptible a ser insultado y afligido (Efesios 4:30), tentado (Hechos 5:9) y engañado (Hechos 5:3).

Él todo⁹ lo escudriña, incluso "los secretos que están escondidos en la mente de Dios" (1 Corintios 2:10, 11).

10. Él glorifica a Cristo como Cristo. glorificó al Padre (Juan 16:14; 17:1).

11. Él intercede por nosotros. (Romanos 8:26).

12. Él se refiere a sí mismo como un individuo, usando los pronombres personales "yo" y "mi" (Hechos 13:2).

Necesitamos comprender que el Espíritu Santo, quien es tan persona como Dios lo es, camina por estos terrenos. (De una charla a los estudiantes de la Escuela Avondale.) — Evangelismo, pág. 616.

"[El Espíritu Santo] personifica a Cristo, pero es una personalidad distinta."— Manuscript Releases, vol. 20, pág. 324.

"El Espíritu Santo es un Dios libre y operante,

agencia independiente."—The Review and Herald, 5 de mayo de 1896.

El Espíritu Santo comparte la omnisciencia y la omnipotencia de la Deidad.

"[Cristo] sabía que la verdad, armada con la omnipotencia del Espíritu Santo, vencería en la batalla contra el mal."—Los Hechos de los Apóstoles, pág. 21.

El Espíritu debía ser dado como agente regenerador, y sin él, el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había fortalecido durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado solo podía ser resistido y vencido mediante la poderosa intervención de la Tercera Persona de la Deidad, quien vendría sin energía modificada, sino con la plenitud del poder divino. Es el Espíritu el que hace eficaz lo que ha sido obrado por el Redentor del mundo. Es por el Espíritu que el corazón se purifica. —El Deseado de todas las gentes, pág. 671.

"Nuestra santificación es obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo."—Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], tomo 7, pág.

908 El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, poderes infinitos y omniscientes, reciben a quienes verdaderamente entran en una relación de pacto con Dios. Están presentes en cada bautismo para recibir

Los candidatos que han renunciado al mundo y han recibido a Cristo en el templo del alma. Estos candidatos han entrado en la familia de Dios, y sus nombres están inscritos en el libro de la vida del Cordero. —Ibíd., vol. 6, pág. 1075.

El Espíritu Santo inspira toda oración genuina. He aprendido a saber que en todas mis intercesiones el Espíritu intercede por mí y por todos los santos; pero sus intercesiones son conforme a la voluntad de Dios, nunca contrarias a la suya. “El Espíritu también nos ayuda en nuestra debilidad”; y el Espíritu, siendo Dios, conoce la mente de Dios; por lo tanto, en cada oración nuestra por los enfermos o por otras necesidades, debe tenerse en cuenta la voluntad de Dios. “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11). Si somos enseñados por Dios, oraremos en conformidad con su voluntad revelada y en sumisión a su voluntad, que desconocemos. Debemos suplicar conforme a la voluntad de Dios, confiando en la preciosa Palabra y creyendo que Cristo no solo se entregó por sus discípulos, sino también a ellos. El relato declara: “Él sopló sobre ‘Y les dijo: Recibid el Espíritu Santo’ (Juan 20:22).”—The Signs of the Times, 3 de octubre de 1892.

La naturaleza del Espíritu Santo

Aquí abordamos un tema en el que, como Moisés en el desierto, debemos quitarnos los zapatos. El Señor nos dice por medio de su siervo: “No es esencial que podamos definir qué es el Espíritu Santo. Cristo nos dice que el Espíritu es el Consolador, ‘el Espíritu de verdad, que procede del Padre’. Se declara claramente respecto al Espíritu Santo que, en su obra de guiar a los hombres a toda la verdad, ‘no hablará por su propia cuenta’ (Juan 15:26; 16:13).

La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado. Quienes tienen ideas fantasiosas pueden combinar pasajes de las Escrituras y darles una interpretación humana, pero la aceptación de estas ideas no fortalecerá a la iglesia. Respecto a estos misterios, demasiado profundos para la comprensión humana, el silencio es oro puro. —Los Hechos de los Apóstoles, págs. 51, 52.

A menudo se hace referencia al Espíritu Santo como un poder que procede del Padre y del Hijo, un poder que actúa en los seres humanos y a través de ellos (Miqueas 3:8; Lucas 1:35; 4:14; 24:49; Hechos 1:8; 1 Corintios 2:4).

La naturaleza del Espíritu Santo sigue siendo un misterio para nosotros. Debemos prestar atención a la explicación de Deuteronomio 29:29: “Las cosas secretas pertenecen

del Séptimo Día

al Señor nuestro Dios; pero las cosas reveladas pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.

Función

Por el Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido, estaría más cerca de ellos que si no hubiera ascendido a lo alto. —El Deseado de todas las gentes, pág. 669.

"Cristo, nuestro Mediador, y el Espíritu Santo interceden constantemente a favor del hombre, pero el Espíritu no intercede por nosotros como lo hace Cristo, quien presenta su sangre derramada desde la fundación del mundo; el Espíritu obra en nuestros corazones, suscitando oraciones y penitencia, alabanza y acción de gracias."—Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día [Comentarios de E. G. White], tomo 6, pág. 1077.

"Siempre que uno renuncia al pecado, que es la transgresión de la ley, su vida se ajustará a la ley, a la perfecta obediencia. Esta es la obra del Espíritu Santo."—Testimonios, tomo 6, pág. 92.

Si los hombres están dispuestos a ser moldeados, se producirá una santificación de todo su ser. El Espíritu tomará las cosas de Dios y las grabará en el alma. Por su poder, el camino de la vida se hará tan claro que nadie tendrá por qué errar en él. —Los Hechos de los Apóstoles, pág. 53.

Poder en la Resurrección

Cristo se hizo una sola carne con nosotros para que nosotros fuéramos un solo espíritu con él. Es en virtud de esta unión que resucitaremos de la tumba, no solo como una manifestación del poder de Cristo, sino porque, mediante la fe, su vida se ha hecho nuestra. Quienes ven a Cristo en su verdadero carácter y lo reciben en su corazón tienen vida eterna. Es por medio del Espíritu que Cristo mora en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el comienzo de la vida eterna. —El Deseado de todas las gentes, pág. 388. Lea Romanos 8:11.